

Primera pàgina de la segona part de “Victus”, d’Albert Sánchez Piñol

Barcelona. 11 de setembre de 1714. El dia que marcó mi vida para siempre jamás. 11 de setembre de 1714, hacia el mediodía. El general Villarroel ha dirigido la última desesperada carga que intenta recuperar los baluartes en manos de franceses y españoles. Yo participé en aquel contraataque. ¿Y quieren saber algo? Ese instante agónico, que me derribó y me mutiló para siempre, es el momento de mi vida del que siento más orgullo. Tendría que haber muerto en ese instante. El resto, las casi nueve décadas que han pasado desde entonces, no son más que una propina del destino. Del Mystère.

Cuando ese 11 de setembre, el general Villarroel, al que amé; la tropa que nos quedaba, a la que compadecí; y mi pobre persona cargamos contra los franceses, sabíamos que no volveríamos. La metralla de un cañón me dió en plena cara. Bueno, en realidad no (si así fuera, si realmente me hubiera dado de pleno, no estaría aquí, con mis 98 años a costas y dictando a mi querida y horrenda Waltraud). La metralla me barrió la parte derecha de la cara. Perdí la mitad de mi cara. Todo lo que quedó en su lugar fue un inmenso agujero sanguinolento. Salvé –Oh milagro de la Virgen de las Metrallas!– un ojo. Por lo demás, mi mejilla derecha era un cráter, las muelas de la parte derecha de mi boca, arrancadas. La oreja, también. De cuajo.

Como a tantos combatientes heridos, la capitulación me sorprendió en el Hospital de la Santa Creu. Recuerdo que me hallaba tendido en un jergón, uno más entre los otros mil que ocupaban aquel espacio doliente. Mis ojos se proyectaban arriba, hacia aquel techo antiguo, altísimo, lleno de arcos. De mi media cara amputada sólo puedo decir que era un paisaje tan devastado que, para no ofender ojos ajenos, la monjas me la cubrieron con una tela de saco.

Dícese que la derrota consiste en perder sables y pabellones, levantar brazos desnudos y rendirse. Quién eso afirma, jamás ha experimentado la derrota. No, ojalá fuera eso. Salí a una terraza del hospital con buenas vistas.

El 12 de setembre de 1714, Barcelona era un montón de piedras quebrantadas y silenciosas. Una fina llovizna se mezclaba con el humo que aún ascendía de las ruinas. Y el silencio, dios mío, sí, esa quietud de sepulcro. Miles de cadáveres seguían insepultos allí donde habían caído. El único movimiento que pude ver fue el de un perro cojo, famélico, las costillas marcadas como un acordeón. Tenía una pata delantera herida y avanzaba a saltos husmeando los cadáveres que encontraba a su paso.

